



X Conferencia Los Ejercicios Espirituales

Para apreciar mejor, mis queridas hijas la necesidad de nuestros ejercicios espirituales para la vida de nuestra alma, sirvámonos de algunas comparaciones familiares que nos harán comprender mejor esta última y práctica verdad.

El viajero necesita viáticos, el guerrero necesita armadura, el herido necesita un remedio. Meditemos estas tres decisiones de la vida humana... ¿No somos aquí abajo viajeros, guerreros y a menudo desgraciadamente heridos ?.

1. El viajero necesita viáticos:

Una de las primeras precauciones que tomamos cuando vamos de viaje, es de proveernos de una valija, en la cual depositamos las provisiones para la ruta. Es justo y bueno, mis hijas que para el viaje de la vida espiritual nuestra alma sea provista siempre de la maletita de viaje.

Tenemos regularmente buen apetito por estas comidas espirituales que nos fortalecen el temperamento religioso. El apetito espiritual es el fervor, es esta diligencia que nos hace ir con prontitud

para un ejercicio, desde que la campana nos llama y nos pone los mejores medios.

Alimentemos nuestra alma de la presencia del Maestro Divino que reside en el Sagrario para nuestra dicha y para ser nuestra fuerza.

Si descuidamos nuestros ejercicios espirituales, seremos como personas anémicas cuya vida no sabe soportar la mínima fatiga, estaremos sin fuerza espiritual para cumplir con nuestros deberes y nos convertiremos en estas hermanas de algodón que al mínimo golpe se sienten aplastadas.

2. El guerrero necesita una armadura:

La vida del hombre en la tierra es un combate, dice Job, ¡Oh! esto es verdad, enemigos adentro, enemigos afuera, todos se juntan para hacernos una guerra encarnizada, ¿Cómo resistir? ¡Nuestra debilidad es tan grande!.

Digamos entonces como el gran apóstol: “todo lo puedo en aquél que me fortalece”. Y aquél que nos fortalece es Jesús en la Eucaristía. Es Jesús a quien nosotras adoramos, estudiamos y de quien nos alimentamos.

Vamos a la verdadera fuente que nos da energía y cuando la hora de la tentación ataque nuestra alma,

podamos oponer al enemigo un escudo invulnerable con la fuerza poderosa del tabernáculo.

3. El herido necesita un remedio:

La vida está llena de dolorosas sorpresas y a menudo en el camino, a pesar de nuestras buenas resoluciones, caemos; caídas producidas o por el demonio o por nuestras propias inclinaciones.

¿Qué hacer entonces?

Entregar al Señor todo el corazón –dulcemente– como dice San Francisco de Sales y llevarlo a los pies de Jesús Eucaristía, como se lleva un enfermo al hospital.

Jesús es el buen samaritano que pondrá sobre nuestras llagas el aceite y el vino. Vamos pues, a Jesús con los dolores de nuestras heridas.

Recordemos entonces las tiernas palabras del Maestro, –me encanta que nosotras nos sirvamos de estas palabras que son salidas de su corazón– durante los días de retiro espiritual, mientras cruzamos la vida mortal: “Vengan a mí todos los que sufren porque yo los aliviaré, pues mi yugo es dulce y mi carga es liviana”.

Así sea.